

regadas de fresco los trajes y los sombreros primaverales, de claros y limpios colores. Este año los sombreros son gayos, una nota franca y campestre, que en las playas y en los senderos de aldea redoblará su gracia vivaracha y chillona. Los sombreros todos rojos parecen amapolas gigantescas; los morados, enormes *bluets* (hay *bluets* morados, se lo advierto á los que no conozcan sino la variedad azul); los verdes, un trozo de prado donde surgen los cálices de la manzanilla y del acónito; los amarillos, un haz de paja triguil, en el cual se deslizaron casualmente, bajo la afilada guadaña del segador, algunos lirios.

* *

He hablado de *bluets* morados, y me han inspirado una digresión que nada tiene que ver con las modas de primavera, aunque sí con la floricultura y la botánica. Es el caso que estos días se ha publicado en periódicos extranjeros una curiosa lista de garrafales desatinos, anacronismos y errores cometidos por los escritores de mayor fama y justo crédito en las letras. Entre estos errores figuran las flores inventadas - flores que no existen en la naturaleza; - y en el número de estas flores quiméricas, el articulista encargado de catalogar los gazapos incluye la *rosa verde*. Al leerlo no pude menos de exclamar: ¡a la justicia ahorcan! En efecto, aquí quien comete el *lapsus* y demuestra no estar fuerte en botánica, es el susodicho articulista.

La rosa verde existe, y la vemos florecer, desde muchos años hace, en el jardín y hasta en los setos de mi Granja de Meirás. Su nombre técnico es *viridiflora*. Pertenece á la dilatada familia de las *lunarias*. Confieso que es una rosa bastante fea, y que, si no se considerase su rareza, la arrancaríamos. En jardinería hay que declararla útil para *patrón*: en ella se injertan perfectamente las otras variedades más bellas, amarillas, blancas, rosadas ó purpúreas. De suerte que la rosa verde no sólo existe, sino que, entre los botánicos, ya no es ninguna novedad. ¿Quién sabe si otros supuestos errores de autores ilustres no tienen más fundamento que la ignorancia del Aristarco reparón?

* *

Volviendo á las calles de Madrid - de este Madrid tan atractivo y tan animado en medio de sus innumerables inconvenientes y defectos, de su detestable urbanización, de sus mefíticos olores y de su empedrado con justicia comparado á abiertas bocas de perros de presa, que van mordiéndolo al paso los pies de los transeúntes, - en la presente época del año, uno de los elementos de animación de las calles, son las horchaterías.

Así como la horchata de chufas no se conoce, que yo sepa, en ninguna parte del mundo sino en España, tampoco tienen idea los extranjeros de lo que es una horchatería, y su sorpresa, al ver estos coquetones establecimientos, es grandísima. La horchatería es lo contrario del café. En el café hay siempre olores fuertes, vaho de cigarro, atmósfera cargada y espesa, barullo de encarnizadas discusiones, porrazos sobre las mesas y en los billares, sillas que arrastran, y cierto desaseo inevitable donde se sirven y consumen tantos manjares y bebidas diferentes. La horchatería, al contrario, es pulcra, nítida, clara, despejada y de un ambiente ligero. Allí no se discute, no se arma bulla: la refrigerante y deliciosa horchata templada la sangre y aplaca los nervios.

Teófilo Gautier, en su *Viaje á España* - titulado *Tras los montes*, - dedica á los refrescos españoles, y en particular á la horchata, un ditirambo que no me resuelto á llamar *caluroso*, porque es todo lo contrario, refrescante en grado sumo.

Por cierto que habla Gautier de cierto refinamiento que yo no he oído mentar nunca, y que si se practicaba entonces, dudo mucho que se practique ahora, pues costaría caro. Trátase de los sorbetes de mantecado hechos con huevos nonnatos, ó mejor dicho, no puestos, sacados del intestino de las gallinas muertas. Sin duda esos huevos son más finos, y no hay que recelar que estén averiados ó podridos; pero dudo que los cafeteros se consagren á buscarlos para mejorar el vulgarísimo sorbete de mantecado, de que tanto consumo se hace en Madrid apenas empieza el calor á ser asfixiante y digno de la zona tórrida.

* *

Por ahora todavía no molesta. La primavera de Madrid, que es tan corta, reviste caracteres de extraordinaria benignidad y dulzura. Las lluvias de esta semana han rociado el aire y han sentado el polvo. En cambio han ocasionado una desazón á los aficio-

nados á la tauromaquia, que es tanto como decir á la inmensa mayoría de los madrileños, cuando obligaron á suspender en el cuarto toro una corrida de domingo, dejando á los espectadores á media miel. Si España fuese el país de la lógica (pero ya sabemos que le han llamado «el de los viceversas»), parecería caso admirable el de que con una corrida cada dos días no esté desierta la plaza. No se explica de dónde puede salir tanto dinero, tanto humor, tanto pañolón de Manila y tanta naranja. Sólo en la corrida magna de los ocho toros, cuatro de Veraguas y cuatro de Miura, estoqueados por Mazzantini, *Guerrita*, *Bombita* y Reverte, se calcula que ha tirado por la ventana el pueblo de Madrid unos veinticinco mil duros - medio millón de reales. - Al ver esto los hacendistas y arbitristas, no pueden menos de decir: «Este pueblo es inagotable. Apretemos: duro en los impuestos, duro en las gabelas, duro en los consumos, duro en las cédulas, recargos y multas de toda especie.»

* *

A decir verdad, el aspecto económico de la cuestión taurina me preocupa mucho más que su aspecto moral y filantrópico. Hay cosas vulgares y dichas cien veces, pero que nunca se habrán dicho bastante, puesto que la gente las echa en olvido. Una de estas vulgaridades convenientes de recordar, es que las diversiones de los pueblos que se llaman civilizados y nos tratan á nosotros de bárbaros, son cien veces más bárbaras y feroces que las nuestras.

En los Estados Unidos, no hay placer comparable, para la juventud, al de un buen partido de *foot ball*. En el *foot ball* está siempre presente el médico, con su cajita de instrumentos, sus vendas y sus compresas, dispuesto á curar al infeliz que ha sido arrollado, pateado, aplastado por los treinta jugadores que cayeron sobre él como un alud.

Hay otro placer más vivo que el del *foot ball*, que al fin es diversión de muchachos: éste, peculiar á los hombres, es la lucha atlética á puñadas.

Con el torso desnudo, las manos enguantadas según la regla del juego, dos hombres se acometen, ante un concurso que ríe, que vocifera, que cruza apuestas, que apunta cifras, que saca billetes y oro. Las puñadas caen como granizo duro sobre la carne descubierta; por ojos, nariz y boca y oídos sale la sangre, llamada por los aficionados *claret*, por su semejanza con cierta bebida que está de moda y á que presta color rojo el vino de Burdeos. Entre arremetida y arremetida, á los campeones se les lava el sudor, se les frota el cuerpo, como se frota el de los caballos en las carreras. El público suspira de gozo, se crispa de alegría, aplaude hasta la desollación, y los porrazos que van derechos á la cara, que desbaratan una nariz ó revientan un ojo, son los que más le electrizan.

Este «espectáculo atroz, mengua...» de donde sucede, tiene sus defensores, y no falta quien alegue razones en favor suyo, así como en alabanza de las brutalidades del *foot ball*, demostrando que es la vitalidad de la raza la que inspira esos desahogos, que prueban su energía viril. Aceptemos estas circunstancias atenuantes, pero que nos concedan á nosotros también algo en abono de la fiesta nacional. Que por lo menos no vean en ella un símbolo de nuestra vida y de nuestro espíritu. Esta fiesta es relativamente reciente; en los tiempos en que hemos condensado nuestra tradición, no existía, ó era uno de tantos *juegos nobles*, como el romper lanzas, el bohardar tablado, el cazar con azor, halcón ó neblí, el acosar y el derribar, las cañas, los torneos, las sortijas y las bizarrías á la jineta. No se ha arraigado en el pueblo el rejoneo y estoqueo de toros hasta la época barroca y decadente - el siglo XVIII.

* *

Por cierto que en la corrida magna á que antes me referí ha sucedido un incidente curioso. En la lidia se ha quedado *tonto* un Veraguas. ¿Que un toro no puede volverse *tonto* como las personas? Pues sí que puede. Dos coces de un caballo en la región frontal dejaron al Veraguas en tal estado de imbecilidad, que ni hacía caso del trapo, ni al presentarse los cabestros les reconocía, ni quiso seguirles. También los animales pueden perder, por lesiones en el cerebro, la memoria, el sentimiento, la comprensión - es decir, los rudimentos que de todo esto tengan, y que en ellos reciben el nombre de *instinto*. - El público creyó que se trataba de un toro manso y blando, de un *buey*, como dicen, y se armó una gritería y una silba fenomenal. Y se trataba de un lisiado, sencillamente. Una fiera convertida en idiota.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Muchas veces se me ha ocurrido establecer una comparación entre los árboles y las mujeres - comparación triste para éstas, y sobre todo para los maridos y padres que tienen que cultivar en su huerto los gentiles árboles y arbustos humanos. - He aquí el tema de mi comparación: los árboles, á cada primavera, se cubren naturalmente de hojas y flores. Después, en el estío, dan su fruto..., los que lo dan; ó forman y consolidan su recia y útil madera, que un día servirá - si el reinado del hierro no la destrona definitivamente - para los variadísimos menesteres de la construcción.

La mujer, en primavera, también se cubre de flor y de hoja, pomposa, fresca, de lindos colores; pero ¡ay! no creáis que esto sucede naturalmente, sino al contrario, muy á redopelo y á fuerza de sangrías al bolsillo. La flor y hojarasca de la mujer, en primavera, se paga á peso de oro.

En cuanto á dar fruto, sí que lo da, y sin aguardar al estío; en cualquier estación del año. Sólo que este fruto no se come (¡Dios nos asista!), y en vez de servir de alimento á su dueño, quiere ser alimentado, vestido, instruído, divertido... ¡Un fruto muy costoso el del árbol femenino! Fruto con dientes.

Por otra parte, el árbol femenino no se cubre de hoja en primavera tan sólo. Por lo menos tiene en el año dos épocas de necesitar vestimenta. La entrada del invierno también es formidable para los honrados padres de familia, á quienes preceden, en los paseos, dos ó tres parejitas de muchachas más ó menos agraciadas y casaderas. Sin embargo, el invierno se presta más al aprovechamiento de los trapitos y á las ingeniosas combinaciones y variaciones sobre temas conocidos ya. La primavera, con su claro sol y sus modas atrevidas y picantes, es doblemente incitadora al gasto en perifollos y á la variación y capricho de las *toilettes*. La tentación del pingo es insidiosa, por la misma forma de baratura que reviste. Telitas, pesteras, canoas de paja, sombrillas de percal, parecen así al pronto lo más accesible, y poco á poco, sumando lo que cuestan esas menudencias tan sopladas, tan abuñoladas y vaporosas, asusta el total que arroja la suma.

* *

En cambio Madrid está bonito y alegre apenas empiezan á despuntar sobre las aceras polvorosas ó